



Este apartado examina los problemas a los que se enfrentan los creyentes, así como también las promesas que estos reciben por ser cristianos en un mundo pecaminoso.

La vida Cristiana es la vida bajo la cruz, pero la vida de esperanza

Algunos creen que se puede llevar la vida cristiana exitosamente sin dolor ni sufrimiento (algunos: neo-evangelicales, pentecostales, carismáticos). Creen que, viviendo correctamente, el cristiano puede llevar la vida de éxito. Esa filosofía ignora el hecho de que este mundo está devastado por el pecado y que los cristianos están sujetos a tribulación y sufrimiento. En este mundo el cristiano no puede esperar vida libre de pecado y de dolor.

Los seguidores de Cristo llevamos la cruz

Algunos usan la palabra cruz para describir un problema que tenga un cristiano. La usan para referirse a: enfermedad, problemas familiares, y cosas así. La Biblia usa la palabra cruz en sentido estrecho para referirse a lo que sufre el cristiano por causa del evangelio. Pablo instruyó a los nuevos conversos en su primer viaje misionero: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hch. 14:22b). La vida de Pablo fue evidencia de esto: tuvo que huir de Antioquía y de Iconio por los complots contra él; en Listra, fue apedreado y dado por muerto.

Jesús les dijo a sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mc. 8:34). Seguir a Jesús implica sufrir persecución por su causa. Cuando Jesús envió a los doce apóstoles a su ministerio, les dijo que esperaran persecución; les dijo: “He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; [...] Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo” (Mt. 10:16-18, 22).

Jesús no dijo que todos iban a amar a los cristianos; dijo que todo el mundo los odiará, porque el mundo odia a Jesús. Los incrédulos ven el evangelio con la mente corrupta por el pecado y con la voluntad en rebelión contra Dios. Los pecadores, por naturaleza, no aman a Jesús; por eso tampoco aman a los que le pertenecen a Jesús.

Los cristianos piensan a veces que Dios debe dispensarlos de la cruz; piensan que como Dios nos ama y es todopoderoso, debería impedir que suframos persecución por causa del evangelio. Pedro tuvo que tratar con esta actitud en los cristianos esparcidos por Asia Menor; escribió: “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello” (1 P. 4:12, 13,16).



El salmista Asaf estaba atribulado por lo que veía en este mundo. Vio que los malvados parecían prosperar en esta vida; por otra parte, parecía que los creyentes sufrían por su fe. Asaf pudo poner estas cosas en su verdadera perspectiva cuando recordó el final del incrédulo bajo el juicio de Dios y la gloria final del creyente en el cielo (Sal. 73:1-24).

Lutero estaba familiarizado con el sufrimiento por causa del evangelio; escribió:

Pues nadie cree que el diablo se oponga y se resista a ello [al cumplimiento de las dos primeras peticiones]. No puede tolerar que alguien enseñe o crea rectamente. Le duele sobremanera que tenga que permitir que se revelen sus mentiras y abominaciones, honradas bajo la más bella apariencia del nombre divino y que él se cubra de vergüenza [...] En consecuencia, si queremos ser cristianos, hemos de prepararnos y acostumbrarnos a la idea de que tenemos por enemigo al diablo con todos sus ángeles y al mundo que nos infligen toda clase de desgracias y padecimientos. Allí donde la palabra de Dios es predicada, aceptada, o creída, y da frutos, no faltará la bienamada santa cruz. (CM Tercera Parte: 62,65)

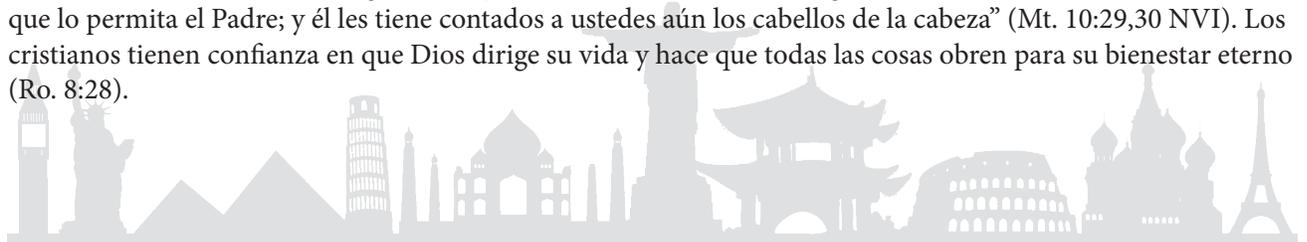
¿Cuál debe ser nuestra actitud hacia los que nos persiguen? Jesús dijo: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mt. 5:44,45). Jesús oró por los que lo crucificaron (Lc. 23:34). Ante la calumnia, el cristiano ofrece oración; ante el malvado, el cristiano ofrece perdón. La fortaleza para hacerlo viene del amor de Dios por los pecadores; solo el amor de Dios puede movernos a perdonar a los que nos persiguen.

El cristiano es un pecador que vive en un mundo desolado por el pecado

Cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios, el pecado corrompió la buena creación de Dios. Pablo usa expresiones como “la esclavitud de corrupción” (Ro. 8:21) y “gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Ro. 8:22), para describir lo que le hizo el pecado a la buena creación de Dios. Jacob habló de su vida en estos términos: “Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años; pocos y malos han sido los días de los años de mi vida, y no han llegado a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación.” (Gn. 47:9). Job observa: “Pocos son los días, y muchos los problemas, que vive el hombre nacido de mujer” (Job 14:1 NVI). El escritor de himnos se refirió a este mundo como a un “valle de lágrimas” (CW 64:2).

En esta vida, los cristianos experimentan los estragos del mundo corrompido por el pecado. Las personas no se aman unas a otras como deberían, porque no aman a Dios como deberían. Por el pecado, el trabajo se ha hecho difícil (Gn. 3:17-19). Por el pecado, han entrado a este mundo la enfermedad y la muerte (Gn. 3:19; Ro. 5:12). Por nuestro viejo Adán, no hacemos la voluntad de Dios como deseamos (Ro. 7:14-24).

¿Qué consuelo tenemos, en medio de estas tribulaciones? Pablo nos asegura: “Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28). No somos juguetes del destino ni víctimas del azar; al contrario, Dios dirige este mundo en el interés del bienestar de sus hijos. El salmista escribe: “He aquí el ojo de Jehová sobre los que le temen, Sobre los que esperan en su misericordia, Para librar sus almas de la muerte, Y para darles vida en tiempo de hambre” (Sal. 33:18,19). Jesús dice: “¿No se venden dos gorriones por una monedita? Sin embargo, ni uno de ellos caerá a tierra sin que lo permita el Padre; y él les tiene contados a ustedes aún los cabellos de la cabeza” (Mt. 10:29,30 NVI). Los cristianos tienen confianza en que Dios dirige su vida y hace que todas las cosas obren para su bienestar eterno (Ro. 8:28).



¿Qué decir de los momentos en que llegan problemas a la vida de los creyentes? El escritor a los hebreos habla de las pruebas que Dios permite que lleguen a la vida de sus hijos (Heb. 12:1-13). Esas correcciones son amorosa disciplina y corrección de Dios, que él permite que lleguen a la vida de los creyentes con el propósito de acercarlos más a él. El escritor a los hebreos dice que Dios disciplina a los creyentes en amor. Como un padre disciplina a sus hijos en amor, también Dios disciplina a sus hijos para su bien (Heb. 12:7-10). El escritor a los hebreos nos dice también que ninguna disciplina es agradable cuando pasamos por ella (Heb. 12:11); las pruebas producen: dolor, lágrimas, y pesar, también a los cristianos. También Job fue severamente atormentado por las pruebas que soportó. Finalmente, el escritor a los hebreos nos dice que el sufrimiento en esta vida producirá, bajo la guía de Dios, una abundante cosecha de justicia y de paz (Heb. 12:11). El resultado final es que Dios nos dirigirá a sus medios de gracia, con los cuales nos fortalecerá en la fe y nos sostendrá cerca de él (Ro. 5:3,4).

El Señor da la certidumbre de que preservará a los creyentes por medio de las pruebas. Él las limitará y dará la fortaleza para soportarlas (1 Co. 10:13); estará ahí para sostenernos cuando desmayemos. Como promete por medio de Isaías: “No temas, que yo te he redimido, te he llamado por tu nombre; tú eres mío. Cuando cruces las aguas, yo estaré contigo; cuando cruces los ríos, no te cubrirán sus aguas; cuando camines por fuego, no te quemarás ni te abrasarán las llamas. Yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel, tu salvador” (Is.43:1-3 NVI).

En relación con las pruebas, debemos destacar dos puntos:

1. El castigo es la paga del pecado (Ro. 6:23). Todas las personas merecen el castigo de Dios por el pecado. Pero, Dios no castiga a los creyentes por sus pecados, castigó a Cristo en la cruz por nuestros pecados (Is. 53:4-6). Los incrédulos pierden el beneficio del perdón de Dios por rechazar a Cristo (2 P. 2:1).
2. La corrección de un creyente puede estar o no estar relacionada con un pecado en particular. En el caso de Job y del ciego de nacimiento (Jn. 9), no lo fue. En el caso de David (2 S. 12), sí. En todo caso, las disciplinas de Dios no son castigo por el pecado. Aunque los creyentes sufren las consecuencias temporales de sus pecados, como le ocurrió a David, tienen la seguridad de que Dios ha perdonado todos sus pecados en Cristo.

Los cristianos vivimos en esperanza

Aunque este mundo es un valle de lágrimas, aunque los cristianos afrontaremos muchas pruebas en esta vida, vivimos en esperanza. ¿Qué es la esperanza? El mundo piensa que la esperanza es algo que desea que ocurra pero que no tiene la seguridad de que sucederá. Cuando la Biblia habla de esperanza, habla de algo absolutamente seguro. Pedro habla de una “esperanza viva”, “por la resurrección de Jesucristo” (1 P. 1:3). La esperanza cristiana es la seguridad absoluta de la salvación y de la vida eterna por medio de Jesucristo. Pablo dice que esta esperanza “no avergüenza” (Ro. 5:5). Nuestra esperanza descansa en Jesucristo, quien vivió, murió, y resucitó.

La esperanza cristiana tiene efecto en nuestra vida. En primer lugar, nos ayuda a poner las cosas de esta vida en su verdadera perspectiva, nos ayuda a establecer bien las prioridades (Col. 3:1-4). La única posesión valiosa que tenemos en este mundo es lo que Dios nos da en Cristo. Nuestra verdadera ciudadanía es en el cielo (Flp. 3:20). Por eso buscaremos primero el reino de Dios y confiaremos en que él nos dará lo mejor para nosotros (Mt. 6:3).

La esperanza que tenemos nos da también la fortaleza para afrontar las pruebas; es la luz que vemos al final del túnel. Nos da gozo en medio de la tribulación (1 P. 1:6). Finalmente, la esperanza nos faculta para esperar la segunda venida de Cristo con gozo y expectación; nos permite orar: “Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Ap. 22:20).

Dios preserva en la fe en Jesús a los cristianos para vida eterna

Jesús le dijo a la iglesia de Esmirna: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Ap. 2:10). Pero ¿cómo puedo permanecer fiel? ¿Qué pasa si no soy suficientemente fuerte en la fe? Hace años se cayó un avión en un río congelado después del despegue; algunos de los sobrevivientes lograron salir del aparato, pero cayeron en el río helado. Las personas que estaban en la orilla les lanzaron lazos salvavidas para que se “agarraran” hasta que los pusieran a salvo. Algunos pasajeros se ahogaron, el frío helado del río les agotó las fuerzas; aunque sabían que tenían que agarrarse para que los salvaran, no tuvieron la fuerza para hacerlo. Debemos estar muy agradecidos de que la perseverancia en la fe no dependa de nosotros sino del Espíritu Santo, que nos preserva en la fe para vida eterna. Pablo escribe: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1 Ts. 5:23,24; vea también 1 P. 1:5). También les escribió a los filipenses: “estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (1:6).

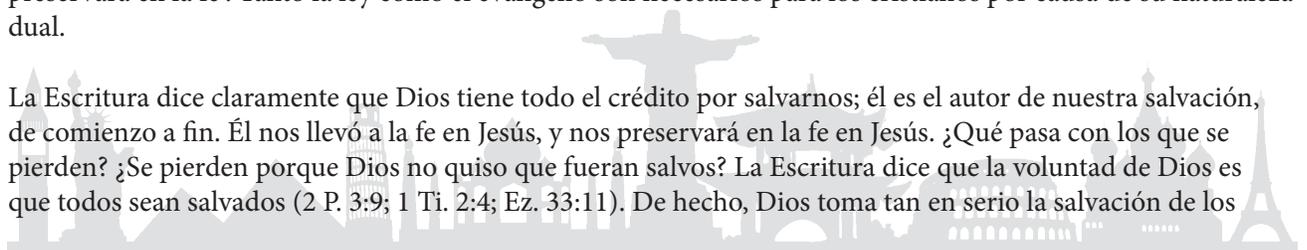
Dios preserva en la fe a los creyentes. Solo él puede llevarlos a la fe, solo él puede sostenerlos en la fe para la vida eterna. ¿Cómo preserva Dios la fe? Lo hace por los medios de gracia: el evangelio, el bautismo, y la cena del Señor (Ro. 1:16; 1 Ts. 2:13). No podemos esperar que el Espíritu Santo haga la obra de preservarnos en la fe aparte de los medios de gracia. Como observó Lutero: “Por eso debemos y tenemos que perseverar con insistencia en que Dios solo quiere relacionarse con nosotros los hombres mediante su palabra externa y por los sacramentos únicamente. Todo lo que se diga jactanciosamente del espíritu sin tal palabra y sacramentos, es el diablo” (CA III VIII: 10).

Quien descuida o desprecia los medios de gracia, desprecia los instrumentos por los cuales el Espíritu Santo hace la obra de preservar la fe. Por esta razón el descuidar los medios de gracia es un serio pecado. Por eso, los cristianos deben preocuparse por los que olvidan oír la palabra de Dios y recibir la cena del Señor. Si una persona no come ni bebe, se separa de los instrumentos por los cuales Dios preserva la vida física; si el cristiano descuida los medios de gracia, se separa de los medios por los que Dios preserva la fe.

¿Necesitan los cristianos que se les advierta que han caído de la fe? Sí, porque tienen una naturaleza pecaminosa inclinada a ser espiritualmente presumida y confiada en sí misma. ¿Tienen los cristianos la seguridad de que Dios los preservará en la fe? Sí, porque Dios da claramente esa seguridad en el evangelio. ¿Cómo pueden ser verdaderas las dos cosas: que los cristianos deben ser advertidos que pueden caer de la fe y al mismo tiempo tienen la seguridad de que Dios los preservará en la fe? Ambas cosas son verdad. La advertencia de que podemos caer de la fe es una declaración de la ley; la seguridad de que Dios nos preservará en la fe es una declaración del evangelio. Ambas son necesarias por la naturaleza dual de los cristianos. Aún tenemos el Viejo Adán, que necesita las advertencias de la ley. Para impedir que nos justifiquemos a nosotros mismos, la ley advierte que podemos caer de la fe (Ro. 11:19,20; 1 Co. 10:12). Al mismo tiempo, el evangelio le asegura a nuestro nuevo hombre que Dios nos preservará en la fe en Jesús para que heredemos vida eterna (Jn. 10:28; Ro. 8:38,39).

Debe notarse que el catolicismo romano y el arminianismo, dicen que uno nunca puede estar seguro de la salvación. El calvinismo dice que uno siempre puede estar seguro de la salvación (una vez salvo, siempre salvo). La Escritura les dice a los cristianos: “¡Vigilen! Pueden caer de la fe. ¡Descansen seguros! Dios los preservará en la fe”. Tanto la ley como el evangelio son necesarios para los cristianos por causa de su naturaleza dual.

La Escritura dice claramente que Dios tiene todo el crédito por salvarnos; él es el autor de nuestra salvación, de comienzo a fin. Él nos llevó a la fe en Jesús, y nos preservará en la fe en Jesús. ¿Qué pasa con los que se pierden? ¿Se pierden porque Dios no quiso que fueran salvos? La Escritura dice que la voluntad de Dios es que todos sean salvados (2 P. 3:9; 1 Ti. 2:4; Ez. 33:11). De hecho, Dios toma tan en serio la salvación de los



pecadores que jura por su existencia que desea la salvación de todos los pecadores: “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva” (Ez. 33:11). Dios no habla con doble sentido, no tiene una voluntad oculta por la cual ha elegido a unos para condenación y una voluntad revelada por la cual nos dice que desea salvar a todos (Calvinismo). Dios toma muy en serio la salvación de todos los pecadores. Si la creencia de Calvino en la voluntad oculta y revelada de Dios fuera verdad, eso haría de Dios un hipócrita que dice una cosa, pero quiere decir otra.

Entonces, ¿por qué se pierde la gente? No porque Jesús no pagó los pecados de todos; Dios declaró perdonado al mundo por causa de Jesús (Jn. 3:16; 1:29; 1 Jn. 2:2; 2 Co. 5:18-21). La única causa de la condenación del pecador es la incredulidad de pecador (2 P. 2:1; Mt. 23:37; Hch. 7:51). Dios no es, de ninguna manera, responsable de la condenación de los pecadores; solo ellos tienen la responsabilidad.

Algunos han tratado de responder a la pregunta de por qué algunos son salvos y otros no (latín: *cur alii prae aliis*) atribuyéndole a Dios la soberana selección de pecadores para salvación o condenación (Calvino). Otros han tratado de encontrar diferencias en las personas. Unos han sugerido que hay diferencia en la manera en que resisten a Dios; han dicho que todos resisten a Dios naturalmente, pero que algunos lo resisten deliberadamente. Dicen que Dios puede vencer la resistencia natural pero no la resistencia deliberada. Pero esa posición es sinérgica, porque les da a las personas algún crédito por su salvación. La Escritura dice que las personas están muertas por naturaleza en pecado (Ef. 2:1), son espiritualmente ciegas (1 Co. 2:14), y enemigas de Dios. Todos estamos en la misma condición al nacer; no podemos cooperar de ninguna manera con Dios en la conversión; solo Dios es responsable de llevarnos a la fe; solo Dios recibe el crédito por preservarnos en la fe. ¡Solo a Dios sea la gloria por nuestra salvación!

~~~~~

